

como título del libro: "Del Imperio a la Unión Europea". Más claro hubiera quedado diciendo: "Del Antiguo Régimen a la Revolución".

Pocos años después su primo Carlos Hugo de Borbón Parma le imitaba con una chapuza parecida hasta en los desprecios que suscitó. Pero esto es ya ajeno al libro que hemos reseñado.

MANUEL DE SANTA CRUZ

***Vicente Cárcel Ortí: PABLO VI Y ESPAÑA.
FIDELIDAD, RENOVACIÓN Y CRISIS (1963-1978)*** (*)

La corriente ya caudalosa de monografías históricas sobre la época de Franco acaba de incrementarse con este libro de más de mil páginas de texto, documentos y fotografías referentes a la bisagra entre la historia de la Iglesia y la de España. Asistimos a una suerte de carrera de armamentos ideológicos en la pista de la historia que, cuando es reciente, tiene mucho de propaganda política. Es, pues, bueno, y debemos celebrarlo, que las producciones católicas, que corren rebasadas por las contrarias, cuenten con un nuevo volumen, aunque éste sea tendencioso, de una tendencia que no acaba de entusiasmarlos.

Desde el primer momento advertimos que es un libro intencionadamente favorable al Papa Pablo VI por su presentación, su autor y su editorial. Después vendrá el análisis de su contenido y de su talante. A la vez que esta impresión se va confirmando con su lectura nace el anhelo de otros dos libros: uno, sobre el mismo tema que le complementa con más datos y otros comentarios de otros signos hasta situar la historia en un punto neutro

(*) Biblioteca de Autores Cristianos (Major), tela editorial con sobrecubierta, 1997, 4.º, 1049 págs., 5.800 ptas.

y acabado. Otro, sobre cómo evolucionaron los temas tratados en éste en los años que siguieron a la muerte de Pablo VI, el cual servirá, además, para mejor conocer el pontificado de Juan Pablo II, viendo lo que ha habido en él de herencia del anterior.

Don Vicente Cárcel Ortí es un sacerdote valenciano reincidente con éxito en temas de historia de la Iglesia. Ahora mismo ya se anuncia para Semana Santa un libro suyo sobre los mártires valencianos del siglo xx; esperamos ver en él explicaciones acerca del bloqueo de esas canonizaciones en el pontificado de Pablo VI que no hallamos en este libro de ahora. Escribe con sobriedad, bien pegado a una documentación poco conocida que recoge en abundancia. Pero no se libra de la difícilmente evitable, en todo caso, ideologización en la selección del material a reproducir y comentar. Su talante riguroso y erudito, devoto de fuentes escritas, le cuesta en este libro prescindir de un tesoro cuya pérdida es ya, casi, casi, irreparable, porque es de naturaleza fugaz: la tradición oral de su historia, que él ha conocido de primera mano en su juventud y que aún podría, no ya sin esfuerzo, reconstruir y recuperar en una última oportunidad. A un lado de la letra de los textos documentales hubiera sido muy útil encontrar rasgos y noticias de lo que se decía, de palabra, en las tertulias de los cafés y en los más altos cenáculos. No tiene, pues, el frescor que las *Confesiones* del cardenal Tarancón, libro reciente, menos elaborado y documentado, no menos tendencioso, pero precioso por esa fuente de la tradición oral para el conocimiento de la época.

Un par de ejemplos, nada rebuscados entre muchos a flor, me ayudarán a explicar esto. Menciona el VIII Congreso Eucarístico Nacional de Valencia, 28 de mayo de 1972. Dice que estuvo flojito, y es verdad. En el Apéndice Documental recoge las palabras que Pablo VI envió para el acto de clausura; su transcripción es fidelísima. Pero el que esto escribe estaba allá y recuerda cosas que merecerían haber sido recogidas, lo cual no se hace en este libro. Allá estaba Franco, que, "al fin y al cabo" (como gustaba repetir un pintoresco dirigente carlista), era el Jefe del Estado. Él, a la cabeza de las autoridades, se puso en pie para oír las palabras del Papa. Éstas cayeron como jarros de agua fría porque, sal-

tándose la costumbre y el protocolo, no empezaban dirigiéndose al Jefe del Estado, allí presente, y a las autoridades, sino a "Venerables Hermanos y amadísimos hijos". Para terminar de sorprender desagradablemente a la gente se aludía a esa presencia del Jefe del Estado precisamente en el último párrafo, en lugar postrero y de forma secundaria y tangencial. A mi lado, una personalidad me susurró: "menos mal que este hombre (Franco) no tiene el sentido del honor que tenían don Miguel Primo de Rivera o Sanjurjo, porque de tenerlo, ¡la que se iba a armar!". Recojo esta observación porque podría haberse hecho en múltiples episodios del libro.

También estaba yo en la explanada del Palacio de Oriente cuando murió Franco, viendo llegar a innumerables cortejos con Jefes de Estado y representaciones del máximo nivel. Destacó por su arrogancia y solemnidad el presidente de la República Francesa, Giscard d'Estaing. Recuerdo los numerosos comentarios disgustados que produjo la exigüidad ridícula de la representación vaticana.

No voy a iniciar ese otro libro complementario que anhelaba al empezar. Pero es obligado recordar que cuando una casualidad, o un error, se repiten sucesivamente, hay que pensar que ya no son ni casualidades ni errores, sino eslabones de una misma línea de conducta o de pensamiento soterrada. Las casualidades y errores del libro de Cárcel constituyen un servicio armónico al designio de mejorar la figura de Pablo VI.

El núcleo del libro es la presión eclesíástica sobre Franco para que diera mayores libertades políticas. La Iglesia apoyó al Glorioso Movimiento Nacional porque durante la guerra, "silent inter arma leges"; y a los Gobiernos posteriores por las exigencias de la Segunda Guerra Mundial y de la reconstrucción. Pero llegó un momento en que la prolongación de la escasez de representación social, pilar del Derecho Público Cristiano, empezó a encontrarse sin justificaciones y la Iglesia pedía mayores libertades, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, en pleno pontificado de Pablo VI. Este planteamiento nos parece, en principio, correcto. Tanto, que antes que a Pablo VI y que al cardenal Tarancón, que desarrolla la misma tesis en el libro de sus *Confes-*

siones, se les ocurrió en los años cuarenta y cincuenta a los carlistas, a muchos tradicionalistas *sensu lato* y a muchos católicos independientes de variados matices, entre ellos a Eugenio Vegas Latapie, co-fundador de esta revista *Verbo*. En su desarrollo no fueron apoyados ni por los obispos españoles ni por Roma. Por dinamizarlo sufrieron persecuciones políticas importantes, en las cuales no gozaron de las atenciones de los obispos ni de Roma, a pesar de la bondad de sus tesis y de su condición de militantes católicos acreditados. Contraste con las amabilidades de Pablo VI con políticos que sostenían tesis y conductas muy confusas y que no eran católicos. Cárcel Ortí no señala este contraste, que no es solamente un recuerdo personal del que esto escribe, sino que fue parte notable del clamor ambiental de los católicos ante Pablo VI.

Un sincero aplauso quiero dedicar a don Vicente por señalar en su libro con nitidez, aunque sin los largos comentarios a que se presta, que muchos de aquellos, por no decir todos, dirigentes sedicentes católicos en la oposición política a Franco, que Pablo VI con sus dedos largos apoyaba, llegada la hora de la libertad y de la transición desaparecieron de la escena, se quitaron las máscaras, se mostraron marxistas y la Iglesia se quedó sin los valedores que esperaba de sus generosos apoyos. Tremenda estafa, divertida burla, que no hemos visto recogida por los cronistas, aunque la recuerdan todos los coetáneos. Silencia don Vicente que el tiempo y la historia han demostrado que Franco y su gente tenían, pues, en esto razón, cuando en sus forcejeos con Pablo VI rechazaban sus presiones hechas en este sector y de aquella forma.

Algo parecido sucedió con las ideas, lo cual es lógico, porque éstas sin hombres que las sustenten no son nada. En la confrontación entre Pablo VI y Franco decían los agentes del primero que estaban aflorando, entre gemidos, nuevas corrientes de pensamiento, nuevas realidades, movimientos y fenómenos sociológicos, por la evolución que el paso del tiempo impone. Los progresistas de Pablo VI pedían para ellos una especial asistencia y alianza de la Iglesia y la consiguieron, a pesar de que llevaban sin enmascaramientos oposiciones a la doctrina de la Iglesia.

Luego, en cuanto la naturaleza les proporcionó su verdadero y secreto objetivo, que era la desaparición de Franco, se esfumaron. Fue otra y semejante estafa, también tremenda y con ribetes de suicidio, que explica la ausencia en la "transición" de fuerzas políticas poderosas puramente católicas. Un nuevo aplauso para don Vicente por contarlo y una nueva cara seria por no comentarlo. Y por no recoger el amplio estupor y disgusto que producía en muchos católicos el contraste entre la insistencia en pedir a Franco un grado indefinido de libertad, y el no hacerlo a los países comunistas e islamistas, y el no ingerirse en la vida política de las democracias, que también tenían sus deficiencias.

Bien adelantada la "transición", todo aquello parece artificial, porque aquellas presuntas ansias de participación reprimidas no se ven por ninguna parte; el número de obreros afiliados hoy a sus propios sindicatos es inconfesablemente exiguo. Todos los días muchos miles de españoles se manifiestan en las calles o hacen huelgas porque dicen que los diputados y senadores a los que han votado no les representan; éstos apenas van a las sesiones; no se sabe para qué sirve el Senado. Al fin, parece obligado un estudio comparativo entre aquella falta de participación y ésta.

Todo era gaseoso en aquel ambiente de tensión, imposible de asir, entre Pablo VI y Franco y sus respectivos equipos declarados y sus "dedos largos" sospechados. Gaseosas resultan, pues, muchas páginas de este grueso libro que por esta condición serán peor recibidas por los que no vivieron los sucesos que por los que reconocemos en ellas reflejos de la realidad. A aquel malestar contribuían otros aspectos del pontificado del Pablo VI no tratados en este libro, como la reforma litúrgica, el abandono de la sotana, etc., que crispaban a los fieles. Una situación parecida existía anteriormente a la elevación del cardenal Montini al pontificado, debida a dos gestiones que hizo a favor de sendos terroristas, a los intentos de inmiscuirse en la organización sindical española y otras impertinencias. Tanto, que en el libro de Carcel y en las *Confesiones* del cardenal Tarancón se habla de aquellos hechos como preámbulo obligado. Por mi parte, aporto a la tradición oral el recuerdo de las reacciones espontáneas e

inmediatas a la elección del cardenal Montini para el solio pontificio. Los "progres" y las izquierdas exultaban con satisfacción ruidosa y hacían de la primera noticia un "trágala" festivo contra los cristianos viejos, que se retiraban cabizbajos.

Las imprecisiones y vaguedades, los términos escurridizos y la ausencia de citas textuales resultan deplorables en uno de los grandes asuntos del libro, que es la confrontación entre "el espíritu", "los aires nuevos" y "las orientaciones" del Concilio con el régimen de Franco. Dada la importancia que se le da a esta cuestión, porque la tenía, se echa de menos, en seguida, la contraposición, incluso tipográfica, de textos conciliares literales y completos con los correspondientes del ordenamiento jurídico español. Al Concilio se le atribuían cosas que no decía y a las que decía se les hacía seguir presuntas y alejadas consecuencias y desarrollos de otras autorías. Por su parte, Franco violaba constantemente en la práctica, en la realidad de la vida diaria, sus propias leyes.

Especial mención merece la libertad religiosa, ampliamente tratada por don Vicente Carcel, porque es ineludible. Ya antes de su afirmación al cierre del Concilio, su mera inclusión en la Agenda, había producido disgustos y cavilaciones sin cuento, porque dígase lo que se diga, era lo que los católicos españoles venían impidiendo desde hacía cien años con sangre, sudor y lágrimas, a ríos. Implicaba, además, la libertad de partidos políticos, con lo que socavaba los cimientos del régimen. Se pasaba de la tolerancia como hipótesis a la libertad como tesis. Era más grave de lo que parecía y aún no hemos llegado al final de sus largos flecos. Cárcel ha tenido el acierto de ir señalando la trabazón íntima de la libertad religiosa con la confesionalidad del Estado; lo ha hecho con frases sobrias y dispersas, y esto último es una pena, porque la importancia del asunto merece que las hubiera concentrado en un capítulo único, completo y redondo. No alude a la relación de la libertad religiosa con la floración de sectas y con todas las propagandas anticristianas, en general.

He dejado para el final, que es su lugar cronológico, otra gran cuestión del libro, incluida sin obligación y con valentía, pero dis-

cutible. Es "La Iglesia y la transición". Transcribo los principales párrafos: "La Iglesia fue uno de los factores que facilitaron la transición a la democracia ...". "... la Iglesia logró evitar toda lucha religiosa y fue muy positiva esa postura para que pudiera producirse en España un cambio político radical sin que se viese amenazada la paz". La Iglesia "fue una de las instituciones que influyó más poderosamente en la normalidad de la transición" "Y el gran mérito de la actitud de nuestra Iglesia corresponde a Pablo VI".

Como observador empedernido y coetáneo atestiguo que esos párrafos son ciertos. Pero hay que seguir y preguntar: ¿Esa conducta, silenciosa y transigente de la Iglesia, fue fiel a su misión? ¿Qué precio ha pagado, y sigue pagando, por ella? Desde un punto de vista estrictamente religioso, esa transición, ¿ha merecido la pena? Esperemos que estudios más profundos sobre la "transición" nos den unas respuestas documentadas y luminosas que este libro escamotea.

MANUEL DE SANTA CRUZ

**Daniilo Castellano, ed.: EUROPA E BENE COMUNE.
OLTRE MODERNO E POSTMODERNO (*)**

Bajo este título han aparecido publicadas las distintas intervenciones que tuvieron lugar durante el XXXIV Convenio Internacional del Instituto Antonio Rosnuni.

Es el propio Daniilo Castellano, director del Instituto y a cargo de quien se encuentra este volumen, el que señala en el prefacio de la obra la importancia del tema que se desarrolla para la Europa de hoy en día. Así indica que "en presencia de una crisis irreversible de la *modernidad* y de la *postmodernidad* se impone hoy una elección que hipotecará el futuro del viejo continente", y en esa elección el bien común, el verdadero bien común,

(*) Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1997, 245 págs.